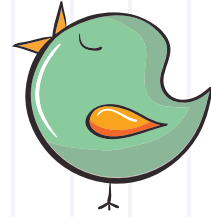


La aceptación incondicional (2)



En el número anterior presentamos la aceptación incondicional como una de las habilidades básicas en la relación de ayuda junto con la escucha activa y la empatía. Proponemos a nuestros lectores una profundización en la actitud de la aceptación incondicional del otro, un elemento básico e imprescindible en una vida que pretenda ser verdaderamente cristiana.

El precio de la libertad...



Escribe Anthony de Mello en *El canto del pájaro*:

En el Evangelio de Lucas leemos lo siguiente: “Le dijo Pedro: “¡Hombre, no sé de qué hablas!”. Y en aquel momento, estando aún hablando, cantó un gallo, y el Señor se volvió y miró a Pedro... Y Pedro, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente.”

Yo he tenido unas relaciones bastante buenas con el Señor. Le pedía cosas, conversaba con Él, cantaba sus alabanzas, le daba gracias... Pero siempre tuve la incómoda sensación de que Él deseaba que le mirara a los ojos... cosa que yo no hacía. Yo le hablaba, pero desviaba la mirada cuando sentía que Él me estaba mirando.

Yo miraba siempre a otra parte. Y sabía por qué: tenía miedo. Pensaba que en sus ojos iba a encontrar una mirada de reproche por algún pecado del que no me hubiera arrepentido. Pensaba que en sus ojos iba a descubrir una exigencia; que había algo que Él deseaba de mí.

Al fin, un día, reuní el suficiente valor y miré. No había en sus ojos reproche ni exigencia. Sus ojos se limitaban a decir: “Te quiero”. Me quedé mirando fijamente durante largo tiempo.

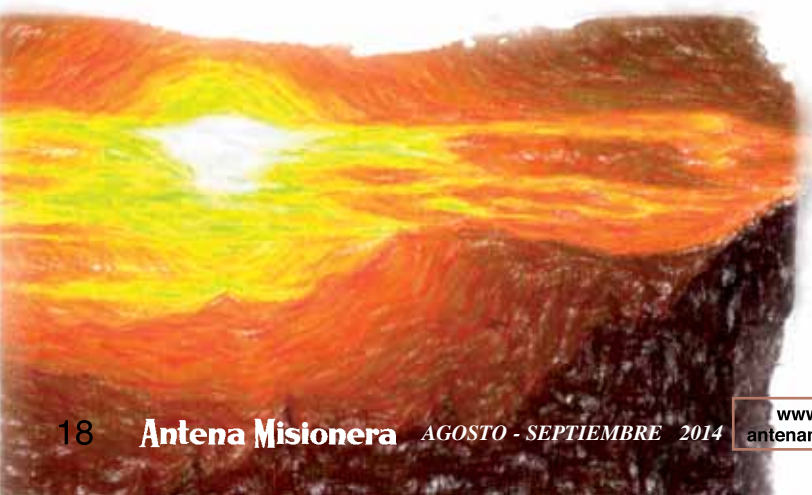
Y allí seguía el mismo mensaje: “Te quiero”.

Y, al igual que Pedro, salí fuera y lloré.”



Para la reflexión personal

- ¿Soy capaz de mirar a los ojos a Dios?
- ¿De qué tengo miedo exactamente?
- ¿Qué concepto creo yo que tiene Dios acerca de mí mismo?
- ¿Soy capaz de experimentar el Amor incondicional e infinito que Dios me tiene? ¿Me dejo abrazar por Él?





El cristiano tiene como modelo de vida a Jesús. El mismo quiso transmitirnos una imagen de Dios muy alejada del Dios justiciero y castigador que aparece en algunos textos del Antiguo Testamento. En la parábola del hijo pródigo Jesús nos presenta a Dios como Padre que no juzga, sino que nos ama infinitamente y nos invita a estar siempre con El, colaborando con El y celebrando la vida, don maravilloso que nos ha dado.

Una vieja historia de la que siempre se aprende

Primera parte: alejamiento y regreso del hijo menor (Lc 15, 11-24)

También dijo: “Un hombre tenía dos hijos, y el menor de ellos dijo a su padre: “Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde.” Y les repartió los bienes.

No muchos días después, juntándolo todo, el hijo menor se fue lejos a una provincia apartada, y allí desperdició sus bienes viviendo de juerga en juerga. Cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia y comenzó él a pasar necesidad. Entonces fue a pedir trabajo a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual lo envió a su hacienda para que apacentara cerdos. Deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. Volviendo en sí, dijo: “¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros.”

Entonces se levantó y fue a su padre. Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y corrió, se echó sobre su cuello y lo besó. El hijo le dijo: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo.” Pero el padre dijo a sus siervos: “Sacad el mejor vestido y vestidle; y poned un anillo en su dedo y calzad en sus pies. Traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta, porque mi hijo estaba muerto y ha revivido; se había perdido y es hallado.” Y comenzaron a festejarlo.



Actividad para el análisis y reflexión de la primera parte de la parábola:

LLUVIA DE IDEAS

En el centro de la pizarra (si es en grupo) o en un papel (individual) escribimos: “¿Cómo es Dios?”. Los participantes salen a la pizarra y van escribiendo todo aquello que se les ocurre, tras haberles explicado el profesor/catequista que Jesús nos muestra cómo es Dios identificándole con el personaje del padre, y siendo el hijo pródigo cada uno de nosotros.



2

Segunda parte: invitación a un cambio en el hijo mayor (Lc 15.25-32)

“El hijo mayor estaba en el campo. Al regresar, cerca ya de la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados le preguntó qué era aquello. El criado le dijo: “Tu hermano ha regresado y tu padre ha hecho matar el becerro gordo por haberlo recibido bueno y sano.” Entonces se enfadó y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrara. Pero él, respondiendo, dijo al padre: “Tantos años hace que te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. Pero cuando vino este hijo tuyo, que ha gastado tu dinero en prostitutas, has hecho matar para él el becerro gordo.”

Él entonces le dijo: “Hijo, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas. Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano estaba muerto y ha revivido; se había perdido y ha sido hallado.”»



Reflexión acerca de la segunda parte:

¿en qué ocasiones concretas me convierto en hermano mayor y me empeño en buscar los errores de los demás en vez de manifestar comprensión?

PEQUEÑAS PERLAS PARA INSPIRARNOS Y MEDITAR...

"Si vas a enfadarte... ¿por qué hacerlo por los errores de los demás y no por los tuyos?" (Mahatma Gandhi)

"El que ama, hace lo posible para que no sufran los demás; porque el amor es como un manto real que sabe ocultar muy bien los fallos de los hermanos y no permite que nos creamos mejores que ellos." (Cura de Ars)

"Comprender empieza por salirse de sí mismo y entrar en la piel del vecino antes de juzgar. Es aceptar un principio que dice: "Mi prójimo es bueno mientras no se demuestre lo contrario". Decía San Ignacio: "Se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de estar más dispuesto a salvar, a entender las opiniones del prójimo que a condenarlas." (J.L. Martín Descalzo)

"De joven yo era un revolucionario y mi oración consistía en decir a Dios: "Señor dame fuerzas para cambiar el mundo". Ahora que soy viejo y tengo los días contados he empezado a comprender lo estúpido que fui y mi única oración es la siguiente: "Señor, dame la gracia de cambiarme a mí mismo". Si yo hubiera orado de este modo desde el principio, no habría malgastado mi vida" (Anthony de Mello)